

Para una Filosofía de la Historia.

Como toda vida histórica se da en términos de objetivación espiritual, a la que denominamos "cultura", las alteraciones que sufre una supraindividualidad pueden ser estudiadas de manera científica mediante investigaciones en el mundo objetivo-espiritual (dirigidas a las "fuentes" tanto documentales como monumentales y a la tradición oral, en cuyos interiores moran los diversos sucesos acaecidos).

Atendiendo a las materias que le corresponde, la Ciencia en general puede dividirse en dos grandes territorios a) ciencias de lo "dado", cuya materia el hombre simplemente descubre; y b) ciencias de lo "efectuado", cuya materia, por el contrario, tiene al hombre como un factor inicial de creación.

A las ciencias de lo "dado" pertenece el grupo de las llamadas Naturales así como también el de las Ideales, cuyos ejemplares podrían estar representados por la Botánica y Geometría respectivamente. Entre las ciencias de lo "efectuado" tenemos, por ejemplo, a la Historia. En lo que sigue, nos dirigiremos en forma preferente a este último grupo y en particular a la ciencia de la Historia.

Las ciencias de lo "efectuado" son, pues, disciplinas de cuya materia nada podríamos decir si faltase la irremplazable actividad del hombre. Son ciencias que se desarrollan

a base del material objetivo espiritual. Este grupo es denominado o bajo el rubro de ciencias Culturales o bajo el rubro de ciencias del Espíritu. La Historia es una disciplina que pertenece a este campo, pues sus objetos propios: los Acontecimientos, no se encuentran como “dados” sino como “efectuados”, ya que el hombre (en función del Mundo) los va elaborando a través de su existencia. Ahora bien, es necesario decir—con fines de aclaración—que producido el acontecimiento, éste queda objetivado en su singularidad pudiendo, a su vez, ser “dado”, por hallazgo ante la búsqueda inquisitiva del historiador; pero esta dación, como se ve, es solamente a posteriori, cuando el acontecimiento ha sido ya “efectuado”. Lo dicho muestra una clara diferencia con lo que sucede en el primer grupo de ciencias, puesto que en aquellas el hombre es simple descubridor y nunca factor de creación.

La Historia es, pues, una ciencia cultural o espiritual. Pero la Historia, como todo ente, “es” algo más que simple “ciencia”; por lo tanto nuestra visión quedaría incompleta sin un nuevo aporte que se manifiesta gracias al filósofar.

«Jorge Puccinelli Converso»

La Filosofía de la Historia no es una ciencia independiente, sino la parte filosófica de la Historia—pues toda disciplina es susceptible de mostrar un sector de su territorio bajo la influencia de la Filosofía.

Aventurándonos un poco más, y a modo de paréntesis, podríamos agregar: que todo contenido específico de conocimiento tiene como punto de partida la actitud crítico científica, pues los resultados objetivamente válidos pueden ser garantizados solamente “desde” la Ciencia. Sin embargo, esto deberá encontrarse unido de manera indisoluble al en-

foque "total" de lo que se va a estudiar, enfoque integralista que es esencial a la Filosofía. Pero, no queda terminada aquí la cuestión. La materia de la Historia tiene también otro aspecto bajo el cual se nos presenta como un Arte, dado que en la Historia lo anterior se complementa con una inherente "voluntad de forma". De modo, pues, que podríamos hablar de una estructura científico-filosófica-artística, susceptible de ser aplicada a una materia cualquiera (en nuestro caso a la Historia), dando por resultado la constitución de una disciplina específica en toda su normal plenitud. De donde se infiere la presencia de un triple aspecto en el ente objetivo espiritual denominado Historia, en cuyo "cuerpo": la Ciencia: nos permite el estudio metódico y la distribución sistemática; la Filosofía: nos permite el enfoque de su materia como una totalidad; el Arte: nos permite elevarnos hasta la individualización concreta mediante un acto de naturaleza creadora.

Saliendo del paréntesis y señalando, en forma especial, lo que en la Historia corresponde a la Filosofía de la Historia, podremos decir: que ella nos permite enfocar en su totalidad lo que la Historia "es".

Como decíamos anteriormente: la Filosofía de la Historia no es una disciplina independiente, sino una parte de la Historia. En este sentido cabe referirnos a una distinción esencial; acerca de una irreductible diferencia de la Historia con otra ciencia, que por su aspecto se encuentra en cercana ubicación: la Sociología (disipando así toda posible confusión de los territorios respectivos y preservándonos de sus erróneas consecuencias). (1).

Desde un punto de vista amplio, lo que transcurre en el espacio y en el tiempo se puede denominar: Suceso. Tanto la Historia como la Sociología se refieren a Sucesos. Ahora bien, en el Suceso podemos distinguir dos aspectos:

singular, el uno; común, el otro. Cuando el Suceso se presenta desde lo singular (con validez universal) tenemos a la Historia. Cuando el Suceso se presenta desde lo común (con validez universal) tenemos a la Sociología. De modo, pues, que mientras la Sociología estudia lo común-universal; la Historia estudia lo singular-universal. Si llamamos, brevemente, a lo común-universal: Hecho; y a lo singular-universal: Acontecimiento, tendremos: que la Sociología es una ciencia que tiene por objeto propios a los Hechos; mientras que la Historia tiene por objetos propios a los Acontecimientos. Por esto, mientras que la Sociología se interesa por el estudio de algo cuya índole es común: las clases sociales en el Perú, etc.; la Historia se interesa por algo cuya índole es singular, único: la captura de Atawalpa, la rebelión de Tupac Amaru, el gobierno de Manuel Pardo, etc.

Esbozada la esencial diferencia entre la Sociología y la Historia, habremos de referirnos al problema del método aplicado a la Historia.

Desde el punto de vista de una historia del conocimiento científico, vemos que las ciencias Ideales y Naturales son las que presentan un desarrollo inicial más alejado en el tiempo. De manera tardía aparecen las ciencias Culturales o Espirituales, que en un comienzo se nos presentan estrechamente vinculadas al terreno del Arte, por su común—aunque aparente—nexo imaginativo arbitrario. Este retardo podría ser explicado teniendo en consideración el hecho de que el hombre posee una mayor agudeza de visión para lo distante que para lo que se presenta en inmediata cercanía.

En el terreno científico, lo precedente ha dado como resultado que los métodos de los dos grupos de ciencias mencionadas (Ideales y Naturales) hayan sido, por uno u otro encaminamiento, indebidamente aplicados al campo de la Historia, a pesar de mediar una irreductible diferencia, cayéndose "en un tránsito a un orden de cosas completamente distinto". Esta inconsecuencia muestra una doble raíz: ora en el éxito de las ciencias mencionadas, ora en el deficiente uso de los conceptos de Causa y de Comprensión.

En Historia lo esencial no estriba en la explicación causal de lo acaecido (como sucede en el caso de las ciencias Naturales), pues nada se ha logrado específicamente con saber en donde se ha originado un determinado acontecimiento; cual es el encadenamiento espacial temporal que ha permitido su acaecer. Lo esencial, desde el punto de vista genuinamente histórico, es "comprender" los acontecimientos. Mientras en las ciencias Naturales lo principal es la explicación causal, es decir, señalar el lugar de donde viene el efecto; en las ciencias Culturales o Espirituales lo principal es señalar el fin, lo trascendente que le confiere sentido, es decir, que éstas se nos presentan como disciplinas teleológicas. Por esto, mientras en las ciencias Naturales existe solamente "proceso", en las ciencias Culturales o Espirituales existe "progreso".

Comprender en forma específicamente histórica, significa: aprehender el sentido objetivamente válido del Acontecimiento. De donde se sigue: que lo fundamental para el conocimiento histórico es la comprensión de lo acaecido. Ahora bien, luego de haberse "comprendido" un determinado acontecimiento histórico, se deberá usar del concepto de Causa para consolidar la específica actitud científico-histórica. De modo, pues, que mientras en las ciencias Naturales la causalidad ocupa una ubicación ini-

cial; en las llamadas ciencias Culturales o Espirituales deberá ir necesariamente a la zaga. Efectuar una inversión funcional llevaría a la incomprensión de lo histórico.

Este comprender de lo histórico, sin embargo, no es algo psicológico, sino algo que debe estar en función del método respectivo: el método de la Comprensión (Spranger), es decir, en función categorial. Se debe, pues, tratar de "explicar" mediante la relación de causa a efecto, en Historia, solamente lo que de manera previa haya sido "comprendido". Los conceptos precedentes nos permiten llegar a la siguiente conclusión: que la Historia es una ciencia **PREDOMINANTEMENTE** teleológica (no absolutamente).

Cabe interrogarse ahora: ¿cómo debe mirarse desde la Filosofía de la Historia tanto a la Filosofía como a la Historia?. En términos generales: mientras la filosofía se interesa por el Ser en su absoluta totalidad; la Historia se interesa, no por el Ser en cuanto tal, sino por el Devenir del Ser. De lo que se infiere: que todo interesarse por el devenir está condicionado por un precedente interés acerca del ser. La Filosofía de la Historia se nos presenta así como un momento previo a toda actividad histórica. Lo dicho puede ser extendido en forma ecuménica a toda posible disciplina.

Posándonos ahora en la senda que conduce al devenir, podremos distinguir: que cada época deja, como su huella, un contenido cultural sui generis, una zona objetiva de la actividad espiritual dirigida a ciertos valores, pues según las épocas, en determinado lapso, los hombres se dirigen de manera predominante más hacia unos valores que hacia otros. Cuando se pasa desapercibido para esta específica actitud axiológica yacente en una determinada objetivación espiritual, ante la fisonomía propia de cada cultura; cuando

la prospectividad es ignorada; cuando se trata de interpretar lo histórico usando de modalidades heterogéneas a su ser — así, es entonces cuando se cae en el anacronismo o sinsentido histórico. Este fundamental defecto debe ser combatido en forma implacable por su fácil arraigo y perniciosas consecuencias para la elaboración de una historia científicamente válida. En el caso, por ejemplo de la Historia del Perú, esta deficiencia nos ha llevado a torcidas interpretaciones en las cuales florece un peligroso equívoco interior. En lo que sigue, marginaremos algunos aspectos en relación con el tema que estamos desarrollando.

En forma inicial nos interesa el aspecto referente a la irreductible diferencia que media entre lo Individual y lo Supraindividual.

Existe una apodíctica diferencia de género entre un Individuo (Juan) y un Supraindividuo (Perú). Sin embargo, no siempre son conservadas las distancias. La raíz de este nuevo equívoco radica en la extralimitación del uso del método de la Analogía. Según este método—como sabemos—se trata de poner algo individual enfrente de otro algo también individual, buscándose como finalidad “ilustrar” el conocimiento. Pero, sucede que lo que es usado como simple artificio metódico se toma a la letra, como si se tratara de una referencial esencial. Tan grosera mixtificación ha llevado en Historia al llamado biologismo histórico.

La irreductible diferencia mencionada (entre Individuo y Supraindividuo) se hace patente si reparamos en lo que sigue: mientras el individuo Juan quiere, llora, salta, camina, etc.; del supraindividuo Perú no puede decirse lo mismo, salvo en sentido translaticio, meramente analógi-

co, como, por ejemplo, cuando decimos: que el Perú “ha caminado más” durante los últimos veinticinco años que durante todo el republicano siglo XIX.

La confusión entre Individuo y Supraindividuo podría ser denominada en Historia, brevemente, bajo el rubro de “analogismo”, entendiéndose por tal: el que lo meramente ilustrativo sea tomado como constitutivo.

Si atalayamos ahora desde el Hombre que comprende el acaecer histórico, es necesario dar prioridad a la intuición emocional sobre la intuición intelectual (rebasando en forma científica, todo momento puramente psicológico: el cual, extraciencia, es el transfondo constante).

En la aprehensión del sentido de los acontecimientos, es la intuición emocional la que nos permite obtener una base específica para continuar hacia la finalidad a la que dispara lo acaecido singular (de validez universal). Esto significa: que para la genuina comprensión de lo histórico la intuición emocional (categorialmente informada) predomina sobre la intuición intelectual.

Finalmente, existe en la Historia otro aspecto sui generis: la manera del crecimiento de la supraindividualidad histórica a quien le acaecen los acontecimientos. En el caso del Perú, por ejemplo, los acontecimientos siguen un encaminamiento de adentro hacia afuera, se desenvuelven. Existe pues, en las supraindividualidades históricas un crecimiento por *intususcepción* y nunca por mera yuxtaposición mecánica. Esta sería una adjetivación más,

que la Historia, como ciencia de lo "efectuado", presenta ante la actitud descriptivo-esencial. Por esto vemos: que la historia del Perú es la historia de algo que es siempre lo que "es" (Perú), pero cuyo ser permanente está en continua y natural alteración. Es decir, que la historia del Perú nos permite divisar: cómo en el Perú lo latente se va haciendo patente merced a este crecimiento intususceptivo que acrecienta su plenitud en una progresiva actualización.

CARLOS VALCÁRCEL.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

(1).—No es aumentar sino desconcertar las ciencias, el confundir los límites de unas y otras".

Kant: "Crítica de la Razón Pura". Prólogo de la 2da. edición, en el año 1787.—Trad. de M. García Morente.